

LA BIBLIOTECA DE UN PROFESOR

SIMON LUCUIX tiene salón de recibí en varias librerías de Montevideo, al punto de que ya se sabe en cuál encontrarle a lo largo del día. "Pero es que los libreros enseñan mucho — dice ahora que nos recibe en su soleada casa de la calle Rivera — y como yo soy medio novelero no puedo pasar un día sin enterarme de lo que apareció. La transformación de las librerías es un buen índice de lo que ha cambiado el país, muchacho. Recién ahora hay un mercado de libros raros, y han aparecido librerías de anticuario tan buenas como la de Linardi. Antes no había casi nada, y la mayoría de los libros importantes que tengo los compré en Buenos Aires".

Movedizo, reluciente, con una mirada de pájaro desconfiado y burlón, Lucuix nos va mostrando una biblioteca donde, sumando libros, folletos y números de revistas, dice haber alcanzado los 12.000 títulos. "Es la biblioteca de lo que yo soy, — o fui —, un profesor de historia nacional y americana" nos dice, aunque más bien sea la biblioteca de un estudioso, hecha con un criterio amplio y documentado para representar bien los procesos históricos del continente, centrándose luego en el Río de la Plata y más especialmente en su país. Así, ha concedido particular interés a las colecciones documentales, como los Documentos para la vida pública del Libertador, Caracas, 1870 con 14 volúmenes, o la Colección O'Leary de la que tiene 32 tomos, o la serie de revistas a las que se ha dedicado, — "Yo soy muy revistero" — y entre las que vemos la Revista de Derecho, Historia y Letras, de Zeballos, completa, y La Biblioteca y Los anales de la Biblioteca del que Lucuix llama "el amado Groussac" agregando que de él tiene todas sus obras: "Es el más grande de los escritores argentinos... — vacila y corrige — ...después de Sarmiento". "Tengo todas las revistas de carácter histórico que se han publicado en el Uruguay" y en seguida descubro que también varias literarias como La Alborada, El Fogón, La Pluma, El Ombú, El negro Timoteo, Vida moderna, etc. Además recibe unas diez revistas históricas actuales, con lo cual agudiza el problema del "espacio vital" de todo dueño de biblioteca importante.

En dos grandes salas despojadas, los libros ocupan altas estanterías ceremoniosas, coronadas por objetos, cuadros, un boceto de Carlos Herrera, un magnífico primitivo de las Misiones representando diversas escenas bíblicas, etc. Como todo americanista que se precie tiene una apreciable colección de viajeros — veo el Voyage a Buenos Aires et Porto Alegre de Arsene Isabelle, Le Havre, 1835 — y de libros sobre la Revolución — veo el Outline of the Revolution in Spanish America, London 1817, que publicara con seudónimo Palacios Fajardo, la serie de libros propagandísticos publicados en Estados Unidos, Northampton, por 1823, todas las obras de De Pradt en primeras ediciones. Los diversos países americanos están representados con dedicación: hay un conjunto consagrado a los orígenes de la guerra del Paraguay que Efraín Cardozo considerara de las selecciones bibliográficas más importantes sobre el tema. Hay un amplio material sobre Bolívar, y sobre la revolución en Buenos Aires.

Hay libros cuyo valor intrínseco se acrecienta por el hecho de haber pertenecido a algunas figuras destacadas. Simon Lucuix afirma tener varios que fueron de la biblioteca de Dámaso Larrañaga, entre ellos una Colección de leyes y decretos de las Cortes de España, 1812, en cuya guarda se lee con una letra redonda tan calma como magisterial: "Larrañaga". Pero sobre todo tiene un Thomas Paine, La independencia de la costa firme, Filadelfia, 1811, del que afirma que es el ejemplar que leyera y relevara Artigas. En verdad está manoseado como si hubiera andado de campamento en batalla.

Entre otras muchas curiosidades, una primera edición del Concolorcorvo (1773) y una colección rarísima de folletos de Hilario Ascasubi, los de Paulino Lucero en sus originales y deliciosas ediciones provincianas.

Pero en estas dos salas que recorremos sólo hay, calculo, unos ocho mil libros. Se lo haga notar, y comienza la peregrinación por la casa, mostrando el envés de una gran biblioteca: el resto está apilado, rigurosamente apilado, en diversas piezas, en dos o tres o cuatro filas; y al llegar al sótano cubren casi todo el espacio de tal manera que sólo un inconsciente se atrevería a pedir un libro que esté en la última fila y abajo. "Me han excedido los libros, es verdad, ya están en todas partes. Yo todavía sé encontrarlos, en fin, más o menos. Si hasta en el baño se han colado libros nacionales".

Lucuix extrae como conclusión que las bibliotecas particulares ya no tienen razón de ser y que vamos al régimen norteamericano en que el estudioso trabaja en una buena biblioteca pública. Hacer esta biblioteca le ha llevado cuarenta años, — "En 1924 tenía mil libros, los que más trabajo me dieron y los que quiero más", — pero ahora necesitaría una casa especialmente dedicada a biblioteca, la que le costaría casi tanto como ella. Lucuix es infatigable lector — "en el ómnibus siempre leo; las calles las conozco pero los libros no", — ha sido profesor de historia, pero no ha escrito. "¿Qué querés, muchacho? — me dice — Garzón una vez me preguntó lo mismo, y yo le contesté que entre escribir un libro mediocre y leer muchos libros buenos prefería lo último". "Pretexto de haragán me contestó. A cambio de escribir leí mucho y reuní un conjunto valioso de obras de historia donde hay muchas cosas raras, difíciles de encontrar".

"Sí, presto libros, y hasta llevo una libreta. Aquí, debe haber un centenar y pico de libros en circulación. Pero mirá este desgraciado, hace como veinte años que me debe un libro. Y lo peor es cuando te descompletan colecciones. Como para degollarlos con el sable". Pero no por eso deja de prestarlos y de lamentarse luego y de recomprarlos por último. "He vivido sacrificado por los libros, con el agravante de que no hay ni casa ni cabeza que pueda contenerlos todos", resume, pero a pesar del tenor de la frase no parece demasiado apenado y sí bastante orgulloso, como tampoco suelta prenda acerca de si vendería su biblioteca. Ha terminado por considerarla una parte de sí mismo y siempre es difícil prestarse gustoso a una amputación.

A. R.